

ENRIQUE ARAYA

EL HUMORISMO COMO FUNCION SOCIAL

1. ANSIA DE FELICIDAD

POR DISTINTOS caminos, y en los más variados vehículos, todos los hombres creen dirigirse hacia un lugar imprecisable, que no han conocido antes, donde todo ha de ser luz, fuerza, alegría, paz. En cada instante de la vida, en forma consciente o no, el individuo gasta energías para continuar marchando hacia esa tierra de promisión, hacia la ciudad de la dicha. Inicia la expedición en el momento mismo de nacer, alumbrándose con los potentes focos del instinto: al abandonar el claustro materno, tibio y suave, protesta con el llanto por la frialdad de la atmósfera y se hace cubrir.

A medida que la inteligencia se va expandiendo, los instintos se van replegando, con el consiguiente riesgo para la propia conservación. En realidad, el instinto es certero en su objetivo, porque actúa con la fórmula alcanzada por la especie a través de su experiencia milenaria y porque se aplica automáticamente al problema que corresponde. La inteligencia, en cambio, resulta ineficaz o insegura en sus comienzos, pues ha de ir formándose a sí misma, en el transcurso de la vida individual, a base de experimentos, de pruebas, comprobaciones y fracasos.

2. EL INSTINTO DE LA DICHA

Hay, sin embargo, un instinto —sobre el cual se levanta todo el mecanismo psíquico humano— que jamás se extingue o de-

bilita. Es el instinto de la dicha, del cual el instinto de conservación no es más que una manifestación, un aspecto. Podríamos decir que el individuo pugna por conservarse, porque la existencia es condición indispensable para la felicidad.

a) *Constancia del instinto de la dicha.*

El más primario de los hombres y el más evolucionado, parecen tener igualmente vigoroso ese secreto impulso hacia la dicha. La magnitud de las inteligencias y sus modalidades, junto a la variada combinación de factores temperamentales y afectivos, hacen que cada individuo aplique la energía del instinto en cuestión en forma diversa a los demás. Este lo ejercita buscando la fortuna o el poder; aquél, para dar satisfacción a sus apetencias vegetativas; uno, para aquietar sus anhelos de conocimiento; otro, para lograr la paz, el aislamiento o el ocio. Pero el instinto de la dicha parece ser igualmente potente en todos ellos e inextinguible mientras dura la vida. Quien, ante el espantoso dolor físico o moral, se destruye voluntariamente, actúa también impulsado por el instinto de la dicha, como si expresara: "prefiero la inexistencia a la desgracia". Otra prueba de mi afirmación anterior, en el sentido de que el instinto de conservación es secundario y derivado.

b) *Es racional y sistemático.*

Esta tendencia universal y constante hacia la felicidad se ejerce en cada acto voluntario particular, en cada determinación, sea para hacer o no hacer una cosa; sea para preferir un bien antes que otro, o entre varios que por algún motivo se presentan como contrapuestos o excluyentes. Esta tendencia, que sólo metafóricamente denominamos instinto, es racional, en cuanto no actúa en forma automática, sino dentro del campo de la valoración inteligente, aquilatando medios y fines mediatos para la obtención del fin específico y general: la máxima felicidad; y es sistemática porque se ejerce no sólo en cada caso concreto y aislado, sino, además, con previsión del futuro, en el complejo sistema de la vida toda.

c) *Se proyecta más allá de la vida.*

El instinto de la dicha es tan poderoso, que no se aquietta con la esperanza de satisfacer su apetencia en el curso de la vida: proyecta su anhelo más allá de la muerte y, pese a todas las apariencias de la finitud de la existencia, crea doctrinas y sistemas para lograr la convicción —y, si es posible, la certeza— de la inmortalidad del espíritu. Al expresarme en términos hipotéticos sobre las verdades de la filosofía o de la religión en lo tocante a la inmortalidad del alma, aspiro a colocarme, con fines metodológicos, en terreno neutral. Sea cual fuere la verdadera posición, lo cierto es que bulle en lo profundo del ser humano el ansia de supervivencia más allá de la vida orgánica, corpórea, y que se admite la posibilidad de alcanzar en esa nueva forma de vida, una felicidad, por lo menos semejante a la precaria de ésta. Si a un hombre se le ofreciera vivir por siempre, pero terriblemente desdichado, es seguro que preferiría el sueño eterno de la nada. Si esta conjetura es acertada nos demostraría, también, que el instinto de la dicha es más fuerte que el de conservación.

3. DE LA SATISFACCION DEL INSTINTO DE LA DICHA

Difícil resulta satisfacer las apetencias del instinto de la dicha. Pareciera que el hombre hubiese sido estructurado en forma tal, que no le es posible ser feliz, a la medida de su deseo. *En lo vegetativo*, el ser humano está sometido a una ley inexorable que, en síntesis, puede expresarse por sus tres etapas: apetito-satisfacción-hastío. Quiero comer; me deleito comiendo; ya no puedo comer más. Si pretendo seguir, me repugna, me hastía. Y este proceso se repite para todos los goces fisiológicos.

En el orden síquico o espiritual sucede todo lo contrario, ya que la apetencia de conocimientos o de sentimientos jamás se sacia, pero los resultados son también deficientes en relación a las expectativas y aspiraciones. Estudio, aprendo, me deleito, siento más ansias de conocimiento, el hambre intelec-

tual no disminuye y no puedo engullir más sabiduría porque la vida no me alcanza y, lo que es más grave, porque mi palabra mental quiere deleitarse con las esencias de las cosas y sólo está capacitado para saborear las formas, las apariencias de ellas.

En el campo de los sentimientos acontece algo semejante: amo y el ser amado me retribuye, pero yo quisiera fundirme, y para siempre, con ese otro espíritu; pero de él sólo logro aprehender sus manifestaciones, sus palabras, acaso sus pensamientos, pero su yo íntimo está distante y no lo alcanzo.

a) *Tendencia al dolor.*

Una fuerza, semejante a la de la gravedad, impide al hombre ascender a la felicidad integral que su instinto le reclama. Todo se conjura para impedir que el instinto de la dicha sea satisfecho. Sin embargo, no hay que desesperarse. El hombre no puede volar naturalmente, pero con su ingenio ha construido aparatos que le permiten surcar el espacio con mayor velocidad que las aves. Con esa misma herramienta creadora debe elaborar ideas, sistemas, doctrinas, filosofías, que lo habiliten para ser feliz. No se podrá ser dichoso "por buena suerte".

b) *Necesidad de elementos para dominar la tendencia.*

Hay que estar dotado de ciertos recursos intelectuales, de algunos sistemas estratégicos sutiles —tan mágicos en sus defectos—, que sean capaces de transfigurar los acontecimientos neutros o desventurados que al azar nos sobrevengan, en hechos venturosos. Al no contar con esos recursos, casi es preferible, para ser feliz, el poseer la inteligencia más primaria, más animal, lo que permitirá el disfrute de los goces vegetativos sin la contrapartida del miedo, del pudor, del arrepentimiento.

c) *Problema de la supervivencia del espíritu.*

Dígase lo que se diga, no hay ninguna afirmación, teoría, sistema o doctrina sobre la supervivencia del espíritu humano

que pueda ser comprobada en forma tan concluyente como pueden serlo las verdades científicas. Muy lejos de mi ánimo está el significar con esto que toda hipótesis sobre esta materia debe ser rechazada. Al contrario, juzgo absurda la posición de aquellos científicos, menospreciadores de la metafísica de la teología y de todas las religiones, que niegan valor a toda hipótesis que no sea actualmente demostrable. Hace pocos años nadie estaba en situación de afirmar o negar la existencia de seres vivos en nuestro satélite lunar. Aún hoy día ello no es posible, pero ya estamos en situación de sostener que no ha de pasar mucho tiempo sin que el enigma deje de serlo. Por ello considero perfectamente legítimo y útil para el progreso de la ciencia y de la filosofía, la sustentación de toda clase de hipótesis sobre fenómenos aún incomprensibles e indemostrables, y juzgo perniciosa la actitud mental de quien afirma lo contrario. No fue inútil que Demócrito, hace muchos siglos, sostuviera que la materia estaba integrada por infinidad de partículas en movimiento. En esa época la ciencia no disponía de elementos para afirmar o rechazar tal hipótesis ni para demostrar nada, pero hoy ha podido comprobar que ese filósofo *intuía* una verdad científica. En la actualidad, la ciencia no está en situación de probar la supervivencia o la extinción de esa energía que anima al ser vivo, o que éste causa, pero ello no autoriza para calificar de mera charlatanería a las teorías que se formulan sobre la materia.

d) *No hay certeza más que en el santo.*

No sabemos con certeza si el espíritu, el alma o como quiera denominarse a ese fluido energético que anima al cuerpo humano, sobrevive a la desintegración de éste. Es aún una incógnita en el campo de la ciencia; una teoría en el campo de la filosofía, y una verdad en el de la religión; mas, no por ello la religión debe acusar a la filosofía y a la ciencia de escépticas, ni los filósofos o los científicos deben motejar de crédulos o ingenuos a los religiosos. Son tres etapas necesarias en la exploración de la verdad; tres actitudes mentales ante el misterio, y todas útiles en la evolución del pensamiento humano,

a condición de que ninguno invada el campo de los demás. El científico ha de dictaminar sobre las verdades comprobables por la experimentación; el filósofo explorará en los primeros principios de las cosas, y el religioso conjeturará sobre el origen del hombre, su fin, la supervivencia del espíritu, su destino más allá de la existencia corpórea. Lo ilegítimo y perjudicial consiste en que alguno de estos buscadores de verdad pretenda imponer sus convicciones a los demás. Mientras la ciencia y la filosofía no sean capaces de dar solución al problema de la supervivencia del alma humana, útil es que la religión dé alguna, ya que el hombre no se aviene a la idea de su extinción.

c) *La simple convicción y la duda causan angustia subconsciente.*

El instinto de la dicha rechaza con violencia el perecimiento de la vida. Esuchemos a Miguel de Unamuno sobre esta materia, en su obra "Hambre de Inmortalidad" (pág. 763) :

"Imposible nos es concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se dé cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anonadamiento. Intenta, lector, imaginarte en plena vela cual sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo". "Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa "en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta", y el que así siente "es para mí", como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, "un monstruo"."

He oído decir: "No me importa caer en un sueño eterno. Cuando no sea no podré sufrir porque no podré pensar ni sentir. Si no existo ¿cómo puedo sufrir?". Argumentación es ésta muy simple y abstracta que puede consolar algo ante el dolor de pensar en la inexistencia, pero no hay que olvidar que el hombre no se contenta, por lo general, con la perspectiva de un estado negativo: no sufrir; el hombre quiere gozar, quiere algo positivo. Por otra parte, el hombre ha entrado en com-

promisos con la vida. El padre, que adora a sus hijos, ¿podrá resignarse a no verlos jamás, rumiando la idea de que no va a pensar en ellos después de morir?

Cierto es también que el hombre desilusionado de la vida, herido en todas sus ilusiones, maltratado en su existencia, puede exclamar: "Prefiero el sueño eterno a esta vida miserable"; es decir, que el instinto de la dicha, ahogando el clamor del de conservación, aconseje morir antes que continuar sufriendo.

f) *Búsqueda de soluciones.*

Ante el misterio de la supervivencia del espíritu, el hambre de inmortalidad hace padecer al hombre y, para aplacarlo, busca soluciones: la religión, los ideales, el Nirvana, el aturdimiento por exceso de placeres o de trabajo, etc. Me atrevería a decir que ahora último ha surgido otro sistema en las juventudes decepcionadas y maltratadas por la guerra: la delincuencia, no en función de lucro o de otros objetivos. Es la delincuencia como embriaguez, como actividad que emociona por el peligro y que impide pensar en el otro peligro, en el gran peligro de caer en la nada.

Yo creo tener otra solución coadyuvante, complementaria de las otras legítimas, al problema de la angustia causada por la incógnita del destino del hombre y por la satisfacción incompleta del instinto de la dicha. Antes de exponer esa solución parcial, analicemos otra materia que después será conectada a las ideas que hemos expresado.

4. EL HUMORISMO COMO SOLUCION

No intento definir qué es el humorismo. Sirve al propósito de esta conferencia expresar el contenido que yo he vaciado en el término humorismo.

Creo que la existencia del hombre es esencialmente dramática y sólo puede dejar de serlo para quien llegue a tener la certeza —no digo la convicción o la conjetura— de que la vida del espíritu se proyecta más allá de la corrupción de la materia. ¿Puede atenuarse este dramatismo esencial de la vida

para quien ha llegado a ser humorista? Hablemos antes algo del humorismo.

Bergson, en su ensayo sobre lo humorístico y lo cómico, en su obra "La Risa", sostiene que causa hilaridad el ver a un hombre que camina ceremonioso, que tropieza y cae; que en esta caída hay una contradicción, una desarmonía entre la finalidad y los medios; que hay una función humana defectuosa que es castigada, por la sociedad, con la risa. Aplicando esta fórmula, indudablemente verdadera, podríamos decir que puede ser un hecho humorístico, tragicómico, el ver caminar ceremonioso a un hombre, aunque no tropiece ni caiga, si quien lo observa piensa vívidamente que ese individuo altanero y soberbio en sus movimientos físicos, que parece ir proclamando su triunfo sobre la ley de gravedad, es virtualmente, a corto o largo plazo, un montón de huesos y carnes putrefactas en la fosa. De allí que el individuo "farsante" en el andar sea ridículo. No interesa para el desarrollo y objetivo de esta disertación el fijar los límites entre lo cómico y lo humorístico.

5. PRIMERA FUNCION SOCIAL DEL HUMORISMO

La risa es una sanción que establece la sociedad para corregir ciertos defectos que escapan al control de la ley penal. Quien ríe, expresaría más o menos con sus gestos: "Usted ha cometido un error que perjudica el equilibrio de la especie o de la colectividad; es poco inteligente y como sanción lo desenmascaro ante los demás con estos signos: mi risa. Usted —siguiendo con el ejemplo antes expuesto— con su andar solemne y factuoso parecía ir diciendo: 'Soy un individuo dueño de mis movimientos, contra los cuales nada pueden las acechanzas de la naturaleza, ni su fuerza de gravedad, ni los obstáculos; derroto a aquélla con mi poderosa musculatura y a éstos con mis sentidos alertas, con mi inteligencia y con la armónica coordinación de mis miembros'. Y sin embargo, usted ha tropezado y ha caído. Su error ha quedado de manifiesto y frustrado su propósito de engañar y engañarse".

Si un animal airoso en su caminar, tropieza y cae, no causa risa, a menos que el observador relacione ese accidente con lo

humano. Al contemplar a un potro desplazarse con su paso soberbio, jamás pensaríamos que su altanería proviene del propósito de convencer a alguien de su triunfo sobre la gravedad o de la maravillosa destreza de sus movimientos; sabemos que todo deriva de su fuerza, de su desbordante vitalidad. Esto demuestra que lo humorístico o lo cómico está íntimamente vinculado a lo humano.

La fórmula fundamental que sirve para interpretar lo humorístico de don Quijote de la Mancha no es otra que la que antes hemos aplicado al hecho simple del hombre solemne que cae. La diferencia está en que en esta obra monumental la caída es de carácter psicológico o moral. ¿Qué es el Caballero de la Triste Figura? Es un idealista extremo que tropieza contra los obstáculos prosaicos puestos por los hombres normales. El tiene el propósito de probar que la hidalguía, la heroicidad de la caballería andante, deben implantarse en el mundo; él así lo cree firmemente. Don Quijote, por consiguiente, incurre por eso en la altanería, solemnidad y gravedad del hombre airoso del ejemplo que analizamos antes. El parece ir diciendo: "Yo he vencido el egoísmo natural del ser humano, sus bajezas y prosaicismos y camino por regiones altruistas —triunfo idéntico al que proclamaba el otro sobre la gravedad— y de pronto vemos que tropieza (el tropiezo es el ataque y la burla de los hombres normales) y cae (la caída es la ineficacia de su acción y el desprestigio que le circunda).

La risa —la de quienes rodean al hidalgo manchego y la de los lectores de la obra— es la sanción que aplica la sociedad a quien padece de utopía; la utopía de querer despojar de golpe al hombre de su condición real, mitad ángel y mitad bestia. Esta sanción no se aplicaría a quien tan sólo predicara buenamente, sin hacerse muchas ilusiones, la superación del egoísmo, porque tal no demostraría soberbia, ya que sus propósitos no exceden a los resultados y porque no resulta perjudicial al equilibrio social. Don Quijote, debido a su ánimo de implantar de la mañana a la noche, la hidalguía y la nobleza en la sociedad, atenta contra el equilibrio de la misma. Parece que ni aún las virtudes pueden implantarse muy bruscamente en la colectividad. Si de un día para otro todos los

hombres amanecieran convertidos en santos, se produciría un trastorno descomunal. ¿Qué sería del poder judicial, de los abogados, de los bancos y de mil instituciones más? Se produciría una cesantía inmensa. La evolución, el movimiento gradual, es ley universal: no puede prescindirse de ella.

Es en este sentido que lo humorístico realiza una función social, en cuanto es un correctivo de ciertos defectos o errores del individuo que atentan contra el equilibrio de la colectividad y que no pueden ser sancionados por la legislación, por no ser de extrema gravedad y por ser indeterminable la responsabilidad de quien padece esos defectos o comete esos errores.

La avaricia, en general, no ha podido ser objeto, como delito o falta, de las sanciones que establece el código penal, pero Molière, en una de sus obras, expone a la vergüenza pública a todos los avaros habidos y por haber y los sanciona con la risa.

Pero no quiero explayarme en esta ocasión sobre esta suerte de función social del humorismo. Quiero analizar con ustedes la posibilidad de que el humorismo, tomando el término en una acepción amplia y particular, que luego precisaré, sirva al hombre en su enfrentamiento al misterio de su destino, ante la flagelante incógnita de la supervivencia del espíritu ante las dificultades de ser feliz en un mundo que pareciera organizado para la desgracia o el tedio, a pesar de estar impelido constantemente por el instinto de la dicha.

6. SEGUNDA FUNCION SOCIAL DEL HUMORISMO

El humorismo, como coadyuvante del instinto de la dicha, es una posición mental y un estado de ánimo, *un modo de dirigir la atención* y una forma de filosofía. No se trata de decir o hacer cosas festivas, ni de leer o escribir obras humorísticas, sin perjuicio de que pueda conducir a todo ello en forma secundaria y consecuencial. Es un conjunto de cosas, un sistema, es un dar cierto modo al pensamiento y a la acción. Es un relativismo mental y una actitud algo contemplativa y es, también, una capacidad de resignación y, por sobre todo, es una sugestión optimista.

Procuraré dar vida a mis anteriores frases descriptivas sobre esto que llamo humorismo como herramienta de felicidad, frases que por sintéticas resultan un tanto ambiguas.

La mente humana, ante el mundo multiforme e inmenso, se ve precisada a dividirlo, a parcelarlo para comprenderlo. La atención se va sucesivamente proyectando sobre una parte pequeñísima del mundo. Así operan tanto los sentidos del hombre como su razón.

Imaginemos a un individuo encerrado en una inmensa sala absolutamente oscura, en la que hay infinidad de objetos. Ese prisionero no dispone más que de una linterna cuyo haz de luz no mide más que el diámetro de la esfera de un reloj. Para conocer lo existente en esa estancia, sucesivamente ha de ir proyectando su haz de luz y, debido a su escasa amplitud, le será imposible adquirir una idea de conjunto de los objetos y ni siquiera de aquellas cosas que por ser más extensas que el foco de luz, no caben dentro de él. Además, tendrá la impresión de que los objetos ya abandonados por la luz, por el desplazamiento de la linterna, y que se reintegran a las sombras, son cosas del pasado; que las visibles —por estar iluminadas— son del presente, y que todos aquellos aún no enfocados aguardan en el futuro y no han nacido aún a la existencia. Es decir, que su mente estará encadenada al tiempo.

Semejante es la situación en que se encuentra el hombre con su inteligencia ante el mundo. Esta limitación síquica de visión parcial puede ser aprovechada por el hombre, en el sentido de fijar *predominantemente* su atención en alguno de los muchos aspectos que tienen los hechos. Basta un poco de sugestión y de hábito, para lograr que nuestra atención se fije en aquella faceta del acontecimiento que nos resulta más placentera. Todas las cosas tienen una cara dramática y una festiva. Podemos habituarnos a mirar lo dramático de la vida en la medida necesaria para cumplir con nuestros deberes y responsabilidades, desviando después nuestra atención hacia la zona alegre o venturosa de la existencia. ¿Procede así la mayoría de los hombres? Creo que no. Existe un enorme porcentaje de personas que se esfuerzan en mantener su atención sobre hechos desventurados, sin ninguna finalidad provechosa, ni para ellos

mismos ni para la colectividad. Lo hacen por una suerte de inercia síquica y por un desconocimiento absoluto de los principios más básicos de la higiene mental. ¡Cuántas personas leen y releen, comentan y evocan las crónicas rojas de los diarios, analizando hasta los menores detalles de crímenes espantosos! No les guía en esta actitud el ánimo de combatir la criminalidad, ni de aportar elementos de juicio al éxito de la pesquisa judicial, ni cosa alguna que contribuya al bienestar o perfeccionamiento de ellos o de la sociedad. Les impulsa el hábito morboso de emocionarse con las escenas espeluznantes de los crímenes; de combatir con ello el tedio de una vida cotidiana que les resulta insípida por no saber encontrar la belleza o la emoción que hay en todos los hechos, aún en los más nimios, si se les mira desde un ángulo adecuado. Es el resultado de una incultura, es cierto, pero también es la consecuencia de un hábito absurdo de buscar la emoción en las cosas dramáticas de la vida. Es una forma de pereza mental, porque lo más fácil es encontrar la emoción en lo macabro, que de por sí causa espanto. De allí que en los diarios, en el cine, en la literatura, se ofrezca al público como espectáculo, disfrazado a veces como obra artística, el hecho policial. Culpa tienen quienes venden esta mercadería; pero no están exentos de responsabilidad los educadores que no han sabido modificar el gusto de los consumidores de ella.

El humorismo a que me refiero, propugna el fijar la atención voluntariamente, por sugestión y por hábito, en el aspecto optimista o risueño de los acontecimientos. No significa esto que desconozcamos la conveniencia de que la atención también se dirija a las facetas de los sucesos que, sin ser dramáticos ni festivos, son bellos.

Conozco un caso real que sirve para ilustrar la afirmación anterior y que demuestra la capacidad de fijar la atención en forma prevalente sobre un cariz de los sucesos.

Estaba uno de nuestros grandes maestros de la pintura, Juan Francisco González con otro destacado pintor chileno, Benito Rebolledo Correa, ejerciendo plácidamente su arte en el portrero de un fundo, o estancia, como se dice en Argentina, aje-

no, por cierto. Los artistas, por lo general, no son propietarios de predios agrícolas.

De súbito apareció un huaso bárbaro que, sin decir palabra alguna, empezó a revolver su bestia —la que cabalgaba y la de su personalidad— por entre pintores, caballetes y cajas de pintura, destruyendo pomos, pinceles y telas. Cuando estimó que su muda tesis de dominio estaba suficientemente demostrada, sin abrir la boca, se fue. Rebolledo Correa, iracundo blasfemaba en tal forma que no sería propio reproducir aquí sus expresiones.

Juan Francisco González, como ausente, exclamó:

—¡Qué maravilla!

—¿Como, qué maravilla? —preguntó Rebolledo Correa.

—¿No viste esa armonía de colores: la manta, la faja, el alazán, las espuelas, y todo eso en revuelo?

Complejo resulta explicar cómo el hombre logra dirigir en forma predominante su atención sobre la cara alegre de las cosas y de los hechos. Desde luego, es necesario que se tenga firmemente grabada una idea simple y elemental: que la desventura se acrecienta, si nos quejamos de ella, si nos preocupamos de ella *más de lo estrictamente indispensable*. Esta idea ya ha sido consagrada por la sabiduría popular, en el proverbio: "Al mal tiempo, buena cara".

Si el vivir, en cierto modo, es un hecho desventurado, debido a la angustia que subconscientemente causa la incógnita del más allá y a la relatividad y limitación del placer vegetativo y espiritual, ¿no es sabia actitud el estar siempre en ánimo adecuado para atender al aspecto alegre de los hechos? En otras palabras: si la vida es "mal tiempo", pongamos "buena cara".

La mayoría de los humoristas escritores que he conocido han llegado a serlo como reacción, consciente o instintiva, ante su temperamento depresivo. Hay individuos que vienen al mundo cargados de tristezas, sin causa aparente. Muchos no saben luchar contra ese mal, y arrastrados por esa misteriosa tendencia, languidecen en la vida, ensombreciendo a quienes les rodean.

Este ejercicio de hurgar en las cosas la faz festiva, o de transfigurar los sucesos que amenazan perjudicarnos, en hechos venturosos, desarrolla en quien lo practica un sentido relativista, que permite captar en toda su complejidad lo que al vulgo aparece como simple; ver tras la maldad el bien, o a la inversa; tras la verdad oficial, el error; tras la gloria, la farsa; que permite, en fin, relacionar cosas aparentemente inconexas. Es como un poder mágico que ensancha mil veces el haz de luz de la linterna del prisionero aquél que imaginábamos, dándole la posibilidad de tener una idea de conjunto de todos los objetos de la sala y dando a su noción del tiempo una relatividad que le asemeja a Dios, en cuanto para EL no existe. Me parece escuchar murmullos entre los benévolos auditores y entender su objeción; que podría expresarse así: "Esos atributos que el conferenciante supone que derivarían del ejercicio de la actividad propia del humorista, provienen en realidad de la práctica de la filosofía".

Respondo: el humorista es un filósofo que demuestra su tesis por la argumentación denominada "per absurdum". No olvidemos que no sólo merecen ese honroso título aquellos que conocen todas las teorías y sistemas filosóficos, sino también quienes habitualmente vuelan, sin asfixiarse, en la atmósfera enrarecida de la abstracción.

Este relativismo mental que deriva del ejercicio del humorismo, despoja al individuo del espíritu dogmático y de su escuela de intransigencias.

No pretendo sugerir la blandura de las convicciones. El hombre debe tenerlas y actuar en armonía con ellas. Pero no puede olvidarse —lo que la historia nos ha enseñado en todos los campos, del pensamiento y de la acción— que una verdad de ayer, no lo es hoy, y viceversa. Hay que tener conciencia de la fragilidad de la inteligencia humana y tener el espíritu tan lleno de amor a la verdad, en general, como para estar dispuesto a abandonar lo que llegamos a amar por creer una verdad particular cuando nos convencimos de que no lo era. Yo no propicio escepticismo negativo, no constructor. Lo que digo es que junto a nuestras convicciones particulares debemos tener la convicción básica y general de que lo que hoy se nos

impone como verdad puede llegar a no serlo. Quien tiene este sentido de relatividad podrá actuar con pasión, pero no con el fanatismo de quienes no toleran la duda en torno a sus verdades. Yo creo que Planck, Maxwell y Einstein tuvieron esa apariencia de don Juan con la novia verdad físico-matemática, y así todos los revolucionarios científicos, artísticos.

El ánimo que creo útil para que el hombre avance por este camino hedonista implica también una actitud algo contemplativa de la vida y de nuestra propia existencia. Estamos forzados a ser actores en el escenario del mundo y debemos representar nuestros papeles con autenticidad y dignidad; pero eso no impide que, al mismo tiempo, sepamos ser espectadores de la tragi-comedia que se nos da. Así tendremos el deleite de actuar y, además, el de contemplar, lo que nos vincula al espíritu del autor, Dios, y, por ello, nos perfecciona. Parece innecesario recomendar esta actitud de espectadores; pero, ¿es que ustedes no conocen a muchas personas que por estar muy compenetradas del papel que les toca representar, nada saben del de los demás actores; ignoran totalmente el sentido de la obra en que actúan e incluso parecen no tener conciencia de que existe.

El detenerse en los aspectos risueños de las cosas y de los hechos, fijando la atención en los aspectos dramáticos sólo el tiempo necesario para determinar la acción tendiente a suprimir el dolor propio o ajeno, no significa evadir el deber o las responsabilidades; al contrario, facilita su cumplimiento, en cuanto la alegría da fuerzas y la tristeza debilita.

Charles Chaplin, genio del humorismo, contempla la miseria y la injusticia; siente compasión por el dolor del prójimo, no llora estérilmente, ni predica en tono grave y aburridor: crea su obra de arte. Se deleita en su elaboración —aun cuando trabaja con los elementos dramáticos, porque ellos son piezas de este precioso juguete que está creando— divierte a la Humanidad entera y enseña compasión, ternura y justicia hacia los desheredados de la fortuna. Esa es sabiduría en el vivir: cumplir con el deber, enseñar alegremente, alegrando y alegrándose.

No quiere esto decir que todos los hombres deban conver-

tirse en realizadores cinematográficos, escritores o pintores humorísticos. Sí, que todo el mundo tenga esa libertad de espíritu, ese relativismo mental que permite ver en la vida, junto a lo dramático, lo festivo; junto a lo solemne, lo ridículo. El humorismo es medicina específica contra el cáncer de la solemnidad, de la gravedad. Un humorista jamás declara la guerra, jamás se suicida, jamás mata a alguien, porque su modalidad de ver las cosas le permite apreciar la relatividad del éxito de esas actitudes.

Tan cierto es que se puede tener esta filosofía humorística, sin ser propiamente un filósofo académico, ni un humorista consagrado, que en nuestro pueblo, el roto chileno la vive intuitivamente, amasada acaso por la desgracia y la eventualidad de su agricultura costeña, de su minería, de su pesca, y por el zarpazo latente y de repente lanzado del terremoto.